

Pueblos muertos, embalses vacíos

A los que por herencia tenemos en nuestras raíces del alma la entrañable esencia de muchas generaciones campesinas, nos acongoja la posibilidad de que, algún día, quizá no tan lejano, nuestra provincia, como las demás del centro de la Península, se convierta en un paisaje deshumanizado, sin habitantes y sin cultivos, con pueblos muertos, ríos secos y embalses vacíos, y, por tanto, un territorio desértico cuya superficie sólo serviría para encarecer el transporte.

Los pueblos muertos y los embalses vacíos empiezan ya a ser fruto de la inconsciencia y la desorganización con que administramos los bienes de la Naturaleza. Se ha dicho que ésta no es más que el nombre de un efecto cuya causa es Dios, y que parece que el hombre disfruta destruyéndola. Menos mal que la Naturaleza tiene una fabulosa, aunque no infinita, capacidad de regeneración. Ya lo dijo Horacio en una de sus epístolas: «Expulsa a la Naturaleza a golpes de horca; ella, porfiada, retornará». Pero no debemos tentar a Dios.

Ninguna relación ha tenido, en principio, la desaparición de numerosos pueblos de nuestra provincia con la situación límite que últimamente están sufriendo varios embalses alcarreños, aunque ya se empieza a temer que la paulatina consunción de Entrepeñas y Buendía termine por afectar al ser o no ser de algún pueblo de la zona. Si emparejo aquí los pueblos muertos con los embalses vacíos es por la conexión que unos y otros tienen con esta visión pesimista del mañana de la provincia de Guadalajara.

Más de veinte pueblos desaparecidos

Me ha suscitado el recuerdo de los muchos pueblos perdidos en la provincia durante el último cuarto de siglo, la concesión, que bien pudiera ser calificada de simbólica, de la iniciativa europea Leader II a los municipios de la sierra Norte de Guadalajara. En la lista de pueblos supuestamente beneficiados -un total de más de setenta pueblos y casi otras tantas pedanías- aparece más de una docena de núcleos urbanos que ya no existen, a pesar de que algunos todavía figuran en los mapas y en la burocracia de sus ayuntamientos. Son exactamente quince los pueblos muertos de las serranías de Tamajón, Atienza y Sigüenza que se vienen a sumar a otra media docena larga de localidades desaparecidas en las serranías de Cifuentes y Molina.

Se inició esta triste nómina con Hontanillas y Torronteras, en la zona de Pareja, que tenían 65 y 66 habitantes, respectivamente, en 1.955 y, sorprendentemente -con un extraordinario eco en los medios nacionales-, en 1.960 ya no tenían ninguno por culpa de la emigración que entonces comenzaba y de cuyas negativas consecuen-

Luis Monje Ciruelo

cias ellos fueron pioneros. Casi a la vez se vieron borrados de la faz de la provincia, al ser cubiertos por las aguas, Santa María de Poyos y La Isabela, en el embalse de Buendía, y El Vado, en el embalse al que dio su nombre, en el río Jarama. Veinte años después el pueblo de Alcorlo desapareció bajo las aguas de su embalse homónimo, en el Bornova, y pronto le sucederá lo mismo -si el estiaje que sufre el río Salado lo permite- a la pedanía seguntina de El Atance.

Pero no es esta prolija mención de los pueblos muertos lo que pretendo destacar con este comentario, ni intento tampoco con él aprovechar, una vez más, la ocasión para protestar por el inminente vaciamiento total de Entrepeñas y Buendía, como ya ha sucedido con el de La Tajera. Más que el estiaje de los embalses me alarman las causas que lo han motivado, entre las que su desangramiento es la menor, puesto que es susceptible de corrección. El peligro mayor, la gravedad suma, está en la contumaz sequía que deja sin agua los ríos y sin manantiales y cosechas los pueblos. Sólo le faltaba a nuestra provincia el agravamiento de estas circunstancias, que tienen todos los visos de terminar en endémicas. Necesita poco nuestro medio rural para convertirse en un desierto, vacío de habitantes y abandonado a la vida natural espontánea. Por lo pronto, de los 287 municipios de la provincia, 126 no llegan a los cien habitantes y, de ellos, treinta y seis están entre los veinticinco y cincuenta, y dieciséis no alcanzan ni los veinticinco. A estos minipueblos hay que añadir las ciento sesenta y pico pedanías, en su inmensa mayoría por debajo de las cincuenta almas. Como es sabido, el envejecimiento medio suele estar en proporción inversa a su población, de tal manera que alguna aldea hay ya sin ningún habitante de menos de sesenta años.

Un paisaje deshumanizado

Si Dios y el Gobierno no lo remedian, dentro de no tantos años la provincia de Guadalajara quedará reducida poblacionalmente a poco más de una docena de municipios distribuidos por su geografía, con alguna pedanía en su entorno, y al alfoz de la vega baja del Henares que acumulará a más de las tres cuartas partes del censo provincial. Esto desembocará en un paisaje deshumanizado, propicio para la excursión y la caza y para la construcción de su segunda vivienda por los que se aventuren a tenerla aislada sin la proximidad habitual de otros, como hasta ahora, en que todavía hay vecinos en los pueblos. Se multiplicarán, por tanto, las urbanizaciones, que tendrán un servicio de seguridad propio. Pero el campo ya no será escenario de la vida campesina, porque nadie querrá trabajar una tierra ansiosa de lluvias que, además, estará privada de subvenciones en cuanto entren en vigor los acuerdos europeos que prohíben toda forma de proteccionismo.

Al perder el campo su ruralismo, que exige la presencia permanente del hombre, habrá habitantes finisemanales, incluso ocasionales cultivadores de la tierra utilizando los modernos aperos de labranza, pero no habrá auténticos campesinos,

porque estos son eslabones de muchas generaciones quintaesenciadas por su tradición agrícola. A mi me duele que ese apego a la tierra que viví en la casa de mis abuelos durante la niñez, ese cariño casi filial que sentían las gentes del campo por sus fincas, «piazos» y parcelas, sea sustituido algún día por el interés despersonalizado de los nuevos propietarios, agricultores desde la ciudad, que irán y vendrán desde la urbe al campo sin sentir en éste el temblor emocionado de quienes pisan la tierra adivinando en ella la huella de sus antepasados.

Ojalá esta visión pesimista del futuro de la provincia sea sólo consecuencia de la sequía que azota nuestros campos como una nueva plaga bíblica. Por eso confío en que, a pesar de todo, los campesinos permanezcan como sal de la tierra para que los pueblos no desaparezcan totalmente. Y espero que la Naturaleza recobre su tradicional fortaleza de lluvias para que los ríos y los embalses vuelvan a ser espejos de un paisaje humanizado en el que el hombre, con sus tradiciones y sus esperanzas, constituya el centro y el motor del futuro del campo.

16-X-95

(Del libro *Guadalajara desde el ayer* de Luis Monje Ciruelo, editado por ediciones AACHE y patrocinado por el Excmo. Ayuntamiento de Guadalajara)